

Felipe Burbano / Carlos de la Torre

El populismo en el Ecuador

**Alfredo Pareja Diezcanseco
George Blanksten
Agustín Cueva
Pablo Cuvi
Oswaldo Hurtado
Rafael Quintero
Amparo Menéndez-Carrión
Lautaro Ojeda
Iván Fernández - Gonzalo Ortiz
John D. Martz
Amparo Menéndez-Carrión
Jorge León**



320.58
B891P
EJ.2



BIBLIOTECA - FLACSO - E C
Fecha: _____
Compra: _____
Proveedor: _____
Canje: _____
Donación: _____

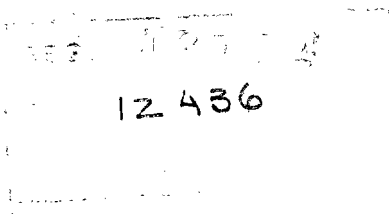
Es una publicación del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales,
ILDIS,

© ILDIS, 1989

1ª Edición, Septiembre/1989

Diseño y Diagramación:
Grupo Esquina editores-diseñadores, S.A.

ILDIS, Av. Colón 1346, Telf.: 562-103, Casilla Postal 367-A
Quito, Ecuador



Las opiniones vertidas en este libro son de exclusiva responsabilidad del o los autores, y por lo tanto, no representan el criterio institucional del ILDIS sobre el tema.

CONTENIDO

Presentación	9
SECCION I	
Reflexiones sobre el estudio del populismo en el Ecuador	13
I. Introducción al concepto de populismo	13
II. Velasquismo y populismo	27
III. La continua vigencia del populismo en el Ecuador	51
IV. Preguntas para futuras investigaciones	58
SECCION II	
Antología de textos sobre populismo	67
1. <i>Populismo o Velasquismo</i>	
Teoría y práctica del conductor conducido, Alfredo Pareja Diezcanseco	71
Ecuador: Constituciones y caudillos George Blanksten	99
El Velasquismo: ensayo de interpretación Agustín Cueva	113
¿Caudillismo o populismo? Pablo Cuvi	147
Populismo y carisma Osvaldo Hurtado	173
El mito del Populismo Velasquista y la consumación del pacto oligárquico	

Rafael Quintero	199
Hacia una interpretación de la naturaleza del comportamiento electoral urbano en contextos de precariedad estructural: Propuesta para el caso de Guayaquil	
Amparo Menéndez-Carrión	261
Discursos políticos	
Lautaro Ojeda	285
2. <i>La continua vigencia del populismo en el Ecuador</i>	
Crisis económica, pobreza urbana y populismo	
Iván Fernández y Gonzalo Ortiz	307
La expresión regionalista del populismo. Guayaquil y el CFP, 1948-1960	
John D. Martz	323
Estructura y dinámica de la articulación electoral en las barriadas de Guayaquil, 1949-1978: El nivel local	
Amparo Menéndez-Carrión	351
Clientelismo y política en sectores urbanos	
Jorge León	455
SECCION III	
Bibliografía sobre el populismo en el Ecuador	471

2. La continua vigencia del populismo en el Ecuador

Crisis económica, pobreza urbana y populismo*

Iván Fernández y Gonzalo Ortiz

*. Capítulo IV del libro *¿La agonía del populismo?* Editorial Plaza Grande, Quito, 1988.

Hablar de la crisis económica que vive el Ecuador es hoy un lugar común, tanto o más que hablar del populismo. ¿Simple coincidencia? No, si ambos han llegado a ser términos de moda en este año de 1988 se debe a que precisamente existe una relación muy cercana entre la situación de crisis por la que atraviesa la economía ecuatoriana y la emergencia del populismo.

1. La crisis económica y sus efectos

La economía y la sociedad ecuatorianas están atravesando en la actualidad uno de sus períodos históricos más difíciles y complejos. Luego de casi una década de crecimiento económico, expansión de la producción e importantes transformaciones espaciales y sociales, a partir de 1981 la economía ecuatoriana entró en un proceso de recesión prolongada de la cual aún no se recupera. Más todavía: durante el último año y medio se han producido dos acontecimientos (la caída violenta de los precios del petróleo y el sismo del 5 de marzo de 1987), que han hecho profundizarse aún más la crisis, la cual no ha podido ser ni siquiera paliada con las políticas neoliberales y fondomonetaristas del gobierno del Ing. León Febres Cordero.

Así, la década de los ochentas viene siendo para el Ecuador una década de retroceso en su desarrollo, de agravamiento de las condiciones sociales de vida de la población y, concomitante y paradójica realidad, de concentración de la riqueza en pocas manos. Por el momento, tampoco se vislumbran condiciones de recuperación en el corto plazo.

En la crisis económica se vive la combinación de una serie de contradicciones, tanto de orden interno como externo. Bien se puede afirmar que las causas de la crisis son fundamentalmente dos: la dependencia estructural del capitalismo ecuatoriano frente a la economía mundial y los desequilibrios internos de nuestra matriz económico-social, causas que, en una especie de “círculo vicioso de la pobreza” se reproducen y ahondan cada vez más.

La dependencia se expresa en una cada vez mayor subordinación de nuestra economía al capital monopolítico internacional y al mercado capitalista mundial. Esta es una de las debilidades más graves de nuestro modelo de desarrollo: la dinámica de nuestra economía y del Estado dependen de la venta al exterior de petróleo, banano, café, cacao y camarones, productos que se caracterizan por tener una demanda muy variable en el mercado mundial, lo que produce una constante variación de precios, con una obcecada tendencia a la baja que erosiona constantemente el poder adquisitivo de las exportaciones del país frente a los precios en alza de los productos que debe importar. Si algo ha caracterizado la crisis mundial de los ochentas, además del drama de la deuda externa, ha sido precisamente el deterioro de los términos de intercambio para los países en vías de desarrollo.

En el caso ecuatoriano ello ha sido dramático, pues la estructura de su demanda requiere que, para mantener en funcionamiento sus industrias y satisfacer necesidades suntuarias de los grupos de altos ingresos, el país tenga que gastar los dólares de las exportaciones en una gran cantidad de productos provenientes de los países industrializados. El gasto en divisas adquirió una velocidad mucho mayor en la década petrolera, pues las divisas provenientes de las exportaciones de hidrocarburos pronto resultaron insuficientes. Esos desajustes se los ha venido “solucionando” temporalmente con endeudamiento externo, lo que a su vez llevó a la paralización de los flujos de financiamiento cuando, a comienzos de la década, se hizo patente que el Ecuador, igual que lo que había pasado con otros países de América Latina en los años anteriores, estaba imposibilitado de atender el servicio de la deuda que había contratado con los bancos extranjeros. Esto, a su vez, llevó al país

a constantes turnos en el carrousel de falta de pago: renegociación de la banca-convenios de ajuste con el Fondo Monetario Internacional-visto bueno del FMI-reescalonamiento de pagos.

El otro ámbito de fenómenos que agravan la crisis es producto de nuestro subdesarrollo histórico: son los desequilibrios y contradicciones de nuestro estilo de desarrollo concentrador y excluyente. Entre ellos están el bajo nivel de productividad, el atraso científico y tecnológico, la fragilidad y dependencia de la industria, la concentración de la propiedad, la persistencia de latifundio y la multiplicación del minifundio, la pobreza rural, la marginalidad urbana, la fuga de capitales, etc.

La explosiva combinación de esta serie de desequilibrios externos e internos, que se venía acumulando en la década del setenta, detonó a inicios de los ochentas cuando su mecha fue encendida por dos hechos: la abultada deuda externa y la caída de los precios del petróleo en el mercado mundial.

Los resultados ya son conocidos: desequilibrio en la balanza de pagos, caída de la reserva monetaria internacional, déficit fiscal creciente, desorden monetario, devaluaciones, inflación, desaceleración de las tasas de crecimiento y deterioro de las condiciones generales de vida de los trabajadores por la caída de sus ingresos reales, creciente desempleo y subempleo y mayores condiciones de explotación.

En efecto, la deuda externa del país comenzó un vertiginoso crecimiento desde fines de los años 70s, precisamente cuando se evidenciaron las contradicciones del modelo de modernización-industrialización vigente de esa década. Las cifras del Cuadro N° 1 nos muestran su proceso de evolución.

Cálculos conservadores preveen que para 1988 la deuda externa del país se ubicará entre los nueve mil quinientos y diez mil millones de dólares, nivel impagable por nuestra economía en las condiciones de crisis actual.

En todo caso la deuda externa fue el detonante del círculo vicioso de la pobreza y la dependencia, pues sus pagos, renegociaciones, nuevos préstamos, etc. terminaron en mayor endeudamiento, mayor déficit, más pobreza y mayor dependencia.

CUADRO N° 1
Evolución de la deuda externa total
(En millones de dólares)

Período	Saldo Anual
1970	241.5
1971	260.8
1972	343.9
1973	380.4
1974	410.0
1975	512.7
1976	693.1
1977	1.263.7
1978	2.974.6
1979	3.554.1
1980	4.651.8
1981	5.868.2
1982	6.185.8
1983	6.690.2
1984	6.949.2
1985	7.439.7
1986	8.159.0
1987	8.500.0
1988	9.500.0

Fuente: Banco Central.

Vinculado a este problema está el de la inversión extranjera directa, pues el modelo de desarrollo en general y el de industrialización en particular, han demandado permanentemente del capital extranjero.

En estas condiciones se producen las negociaciones con el FMI y los gobiernos se someten a esquemas monetaristas de reactivación económica con las consecuentes “políticas de ajuste”, con las conocidas medidas de política económica, que terminarán agravando las condiciones sociales de vida de la mayoría de la población.

Precisamente, en términos sociales, la crisis económica y las políticas económicas aplicadas, tienen uno de sus más graves efectos en el empleo. En los últimos diez años las tasas de desempleo abierto pasaron del 5,1% al 13% de la población económicamente activa. Ello quiere decir que en la actualidad 400.000 ecuatorianos están en la desocupación.

Pero junto con ello, también el subempleo ha crecido como consecuencia de la crisis y de las políticas ortodoxas aplicadas a la economía. Como es sabido, el subempleo consiste en el fenómeno por el cual la población activa para sobrevivir trabaja en actividades de muy baja remuneración, la cual no alcanza ni siquiera a un monto equivalente al salario mínimo vital, o que realiza trabajos temporales, generalmente en el sector servicios. Se estima que el subempleo afecta al 52% de la población económicamente activa, es decir, más de un millón y medio de ecuatorianos, lo cual, a su vez, quiere decir que por lo menos un millón de ecuatorianos jefes de hogar y sus respectivas familias, viven en una situación de pobreza crítica, de miseria total. Agréguese a estos los desempleados arriba anotados y se tiene el gravísimo cuadro actual: dos millones de ecuatorianos que estando en capacidad de ser productivos han sido marginalizados de los beneficios del progreso social y económico del país y que son doblemente explotados por un sistema que no ha sido capaz de asegurar a los habitantes del país ni siquiera un mínimo para sobrevivir como personas.

2. Los escenarios de la pobreza urbana

Ahora bien, ¿dónde se encuentra esa masa de ecuatorianos desempleados y subempleados? o, en otros términos, ¿cómo se halla distribuido espacialmente este subproletariado en el Ecuador?

A la fecha del último censo de población –noviembre de 1982–, el Ecuador contaba con 8,7 millones de habitantes se estima que para 1987 tenía 10 millones. De esa población, un 48,9 por ciento se encontraba ubicado en la Costa, un 47,1 por ciento en la Sierra y apenas un 3,3 por ciento en el Oriente. La población de Galápagos no constituye sino el 0,1 por ciento del total.

Esta primera aproximación indica ya el grado de desigualdad que existe en el reparto poblacional entre las diferentes regiones del país, ya que en la región amazónica, que posee casi la mitad del territorio nacional, residen solamente un poco más de 300.000 personas, esto es, menos de la cuarta parte de la población que tiene una sola de las dos ciudades más grandes del país.

En las regiones de la Sierra y la Costa la distribución poblacional es también bastante dispar. En 1982, sólo tres de las 20 provincias que comprende el país, Guayas, Pichincha y Manabí, albergaban a más de la mitad de los habitantes (53 por ciento), lo que confirma además una tendencia concentradora, pues en 1950 esas tres provincias daban cabida a sólo el 43 por ciento. Por el contrario, el caso de pérdida poblacional más relevante, en términos relativos, es el conjunto de provincias serranas, excepto Pichincha, si se tiene en cuenta que esas provincias representaban en 1950 el 47 por ciento de la población, mientras que en 1982 ese porcentaje se había reducido al 30 por ciento.

Este proceso concentrador es también patente en lo que se refiere a la distribución entre las áreas urbana y rural. En primer término, cabe anotar que el Ecuador ha venido viviendo en las tres últimas décadas un acelerado proceso de urbanización, al pasar la población urbana del 28,5% en 1950, al 35,3% en 1962, al 41,4% en 1974 y al 49% en 1982. Hoy, en 1988, más del cincuenta por ciento de la población reside en áreas urbanas. Pero, a su vez, las disparidades regionales se han ido acrecentando; así se tiene que en la Sierra solamente Pichincha tenía

una población mayoritariamente urbana; todas las demás provincias, sin excepción, eran predominantemente rurales. Cabe indicar que entre estas últimas existían diferencias que iban desde poco más del 60 por ciento de población rural en Azuay, Imbabura y Tungurahua, hasta más del 80 por ciento en Bolívar, Cotopaxi y Cañar.

Por el contrario, la Costa registraba índices más elevados de urbanización. Si bien sólo dos provincias mostraban una mayoría de población urbana (Guayas y El Oro), otras dos presentaban altos porcentajes (Esmeraldas y Manabí) y solamente Los Ríos tenía un índice relativamente elevado de ruralidad (67 por ciento).

En el caso del Oriente, todas las provincias mostraban bajos porcentajes de población urbana, aunque en grados diferentes.

Si bien el proceso de urbanización en el Ecuador se ha concentrado, en cifras absolutas, en los dos conocidos "polos de desarrollo" (Quito y Guayaquil), no por esto se puede ignorar el importante crecimiento de las ciudades medianas a nivel nacional: si en 1950 existían sólo 5 ciudades de más de 20.000 habitantes (Quito y Guayaquil incluidas), 1 en la Costa y 4 en la Sierra, las que juntas albergaban el 19,4 por ciento de la población, en 1982, ese número de ciudades ascendió a 24; 15 de ellas localizadas en la Costa, como testimonio del mayor desarrollo económico y urbano y 9 en la Sierra. La población de esas ciudades era igual al 42,5 por ciento del total.

Contrariamente a lo que se puede esperar, las mayores tasas de crecimiento no las han experimentado Quito y Guayaquil, cuyos promedios han sido próximos a los de sus respectivas regiones, sino las ciudades pequeñas como Huaquillas, Quevedo, Santo Domingo de los Colorados, Machala, Portoviejo, Libertad y Durán, que constituyen los casos más relevantes.*

En síntesis, se ha producido una distribución desigual de la población que se concentra (53%) en las provincias de Guayas, Manabí y Pichincha, es decir, dos provincias de la Costa. En términos urbanos, más

*. Información tomada de: CONADE, *Política de Población de la República del Ecuador* (Quito, 1988), 25 - 27.

del 50% de la población reside actualmente en ciudades y, de éstas, se destacan Guayaquil, Quito, más de 15 ciudades intermedias en la Costa y 9 en la Sierra.

Si asociamos el problema de la concentración urbana de la población, fundamentalmente en la Costa, con sus características ocupacionales de empleo, desempleo y subempleo, no hay duda que las ciudades que agrupan al mayor número de población y consecuentemente a la PEA desocupada o subocupada, se han convertido en escenarios de *pobreza urbana* y aun de miseria urbana. Si a esto agregamos las condiciones de la crisis económica actual, que han agravado el desempleo, el subempleo y las migraciones campo-ciudad, estamos entonces en presencia de un grave fenómeno de “marginalidad urbana” que ha terminado por conformar un amplio subproletariado con características específicas, propias del capitalismo ecuatoriano y de ninguno más y que, visto como un fenómeno social, histórico, de las últimas cuatro décadas, ha constituido el *caldo de cultivo* del populismo.

La concentración de la pobreza urbana se evidencia en la formación, en todas las ciudades y particularmente en las de la Costa, de verdaderos “cinturones de miseria” que las rodean. Los suburbios y tugurios son los espacios urbanos donde reside esta masa de población “flotante”, subempleada o, como se los debe llamar con mayor precisión, subproletaria. Conforman los conocidos “barrios marginales”, periféricos, “espontáneos”, o clandestinos, que, carentes de todo equipamiento o servicios urbanos, constituyen un submundo con características culturales específicas.

El subproletariado urbano, por esa posición o situación particular que ocupa en la estructura socio-ocupacional, no es ni mucho menos un sector homogéneo. Si bien presenta un conjunto de características que le son propias a la mayor parte de sus integrantes, a su interior hay una compleja diferenciación social que está dada por los diferentes tipos o formas de acceso al mercado de trabajo (vendedores ambulantes, estibadores, cargadores, albañiles, lustra botas, “minadores” de desperdicios, artesanos, etc.), por el nivel de educación y por el monto de sus ingresos, lo que le convierte en un sector sumamente heterogéneo, con empleo intermitente y con un nivel de ingresos muy bajo.

Recientes investigaciones han demostrado que como “estrategia de supervivencia” para su reproducción, las unidades familiares de este amplio sector social combinan diferentes formas de obtener ingresos, de manera que uno o varios de sus integrantes (padre, madre, hijos y otros pacientes que comparten el precario techo familiar y los recursos) reciben salarios por un trabajo eventual o estable en el sector moderno de la economía, mientras ellos mismos u otros miembros de la familia complementan sus ingresos con diversas actividades de autoempleo. Es decir, el subproletariado viene a ser un sector que se mueve fluidamente entre el mercado del trabajo asalariado y el subempleo.

Algunas interpretaciones subjetivas o dualistas, como la del sociólogo peruano Hernando de Soto en su libro “El otro sendero”, han identificado al subproletariado como “sector informal urbano” y a los trabajadores estables bajo remuneración y con los beneficios de ley como “trabajadores formales”. Estos últimos serían, supuestamente, parte de la economía “moderna”, y los primeros estarían articulados a una economía “tradicional”, “informal” o “subterránea”. Incluso se ha llegado a sostener que los “informales” son verdaderos “microempresarios” y que una salida a la crisis actual y al problema del desempleo sería que el Estado les reconozca legalidad y les brinde ayuda financiera.

Lo cierto es que no hay en la realidad esa supuesta división entre una economía “moderna” y otra “informal”. La estructura productiva capitalista es una sola; que exista un desarrollo desigual, contradictorio, desequilibrado, que genera desempleo y expulsa mano de obra a la desocupación o subocupación es precisamente consustancial al sistema capitalista dependiente. La existencia de ese llamado sector “informal” es una condición necesaria para el “formal” y esto se lo hace bastante formalmente a través de la explotación directa y con el aprovechamiento del gigantesco mercado de consumo que, a pesar de su marginalidad, representa el subproletariado.

Ello da pie, precisamente, para reflexionar sobre el conjunto de características en el ámbito social, cultural y político que posee el subproletariado, que explicarán mejor por qué dicho sector es la base social del populismo ecuatoriano.

3. La base social del populismo

Desde el punto de vista social es fácilmente perceptible el hecho de que los sectores marginales o subproletarios tienen un bajo nivel de organización estable. Ello es lógico pues, por su propia heterogeneidad, es muy difícil que conformen organizaciones clasistas o gremiales o que articulen una conciencia social propia, al estilo de los trabajadores fabriles, que por la forma en que participan en el proceso productivo, la reflexión y la práctica les permiten reconocer más fácilmente la explotación de que son objeto y el sistema que hay que cambiar. De allí que los obreros se organicen en sindicatos, y que estos se unan a escala nacional y por ramas de actividad (por ejemplo: textiles, eléctricos, madereros, etc.) ya que defienden intereses comunes. Por ello, en el subproletariado la única organización en que sus miembros suelen participar es en la barrial o vecinal, la cual generalmente es muy inestable; y, en el caso de que la unidad familiar todavía no tenga una vivienda que pueda llamar propia, la organización en que participan es una de las conocidas "cooperativas de vivienda", las cuales, una vez lograda su reivindicación principal (el terreno), se diluyen o terminan divididas, precisamente por la acción política populista (como, por ejemplo, aconteció con el "Comité del Pueblo" en Quito).

Por estas circunstancias, la conciencia social de los sectores subproletarios es muy primitiva. Es decir, no alcanzan a descubrir o a comprender el papel histórico que pueden desempeñar en la sociedad como grupo o como clase, no distinguen quiénes son sus aliados o sus enemigos de clase, no son portadores de ningún proyecto político y caen fácilmente en la manipulación política. Es justamente aquí que entra el líder que ofrece una vía de solución a sus necesidades más sentidas y más inmediatas: es justamente el inicio de la red clientelar que llega a reducirse a la fórmula "ofertas por votos" que se traduce finalmente en un caudal electoral tras un líder populista.

De nuevo en este aspecto hay que señalar una precaución: no se podrá entender el populismo en su plenitud si es que no se comprende que los mecanismos clientelares que pone en movimiento un exitoso candidato populista tienen, como condición esencial, su credibilidad, sea por experiencias pasadas, sea por confianza en el futuro, y que ello,

a su vez, se debe, básica y decisivamente, a la calidad de los intermediarios en cada una de las barriadas suburbanas, es decir, al conocimiento y experiencia demostrada por ese intermediario en la obtención de pequeñas conquistas parciales para su zona.

Por otro lado, en la medida en que la mayoría del subproletariado urbano es de origen rural, o mantiene fuertes vínculos familiares con las zonas campesinas —dado el continuo flujo de migraciones campo-ciudad acaecidas en el Ecuador moderno—, el proceso de adaptación social a la ciudad sufre una suerte de “catarsis”, de transculturación, de redefinición de sus normas de conducta, de sus pautas culturales del mundo rural en el mundo urbano. Este difícil y complejo proceso de socialización en conflicto produce como resultado final una subcultura de la pobreza urbana, una mezcla del pasado rural con el presente urbano, que lo rechaza, que lo margina. Una conciencia mágico-religiosa que lo lleva a ser presa fácil del nuevo “mesías” que apareció en el suburbio a ofrecerle el paraíso terrenal, sea como “profeta”, como “capitán del pueblo”, como “patán de noble corazón” o, por qué no, en esta nueva cultura de revistas “cómic” y de dibujos animados por televisión, como “Batman”, contra los representantes del mal.

En esta mixtura, el carisma del líder es un ingrediente básico. Pero carisma no en el sentido de que en realidad se posea cualidades extraordinarias y únicas, sino en el sentido de que se posee las cualidades y las técnicas para convencer al pueblo de que se tiene dichas condiciones extraordinarias y únicas. Así, el candidato populista sabrá aprovechar adecuadamente el confuso mundo de la conciencia del suburbano, utilizar los recursos más precisos y comunicarse con la masa, sea a través de la utilización de brillantes imágenes y un diálogo con la masa como del profesor en clase, como era el caso de Velasco Ibarra o de Roldós; sea a través de un discurso fogoso y el despliegue de símbolos, afiches, carteles, colores y consignas, como era el caso de Guevara Moreno; sea, como en el caso de los dos Bucaram, a través del lenguaje populachero,¹ de la representación de la indignación, la ira, el odio, el llanto y, en el caso del más reciente vástago de esta familia populista, con un uso de

1. Populachería: Popularidad alcanzada entre el vulgo halagando sus pasiones. Halagar al populacho con el discurso. Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española.

la televisión a través de videos musicales sentimentaloides. Desde luego todo esto se adoba con el recurso a la conciencia mágico-religiosa del subproletariado para lo que es necesario nombrar y jurar por Dios a cada instante, inclusive ofreciéndole milagros para terminar destruyendo al “enviado del diablo” como Abdalá ha identificado a su oponente.

Un ejemplo notable del discurso populista, y que contrasta también con los que emplean los populistas de finales de los años ochentas, es el de Velasco Ibarra, cuando, el 31 de mayo de 1960, se dirigía así a sus partidarios concentrados en la Plaza de San Francisco de Quito:

“Vosotros, los hombres que estáis aquí, vosotros, los fuertes brazos que ya los quisiera para sí don Galo Plaza, el momento que sois velasquistas sois la despreciable chusma velasquista, pero yo os diré lo que el Presidente Alessandri, un grande hombre de Chile, decía en ocasión análoga: ¡Querida chusma, con vosotros cuento para levantar la grandeza internacional del pueblo...! Solemne insolencia: “chusma”, “chusma”. En esta chusma hay artesanos beneméritos, de gran corazón y noble espíritu; en esta chusma hay mujeres abnegadas que sacrifican su existencia para salvar a sus hijos de la pobreza, por educarlos, por redimirlos, por darlos a la patria; en esta chusma hay brazos esforzados, grandes almas, nobles espíritus, hombres que saben morir por su ideal, hombres que saben luchar y vencer por dar al país la libertad electoral; sí, ¡esta chusma es el alma de la patria, esta chusma es la que redime a la República de la corrupción, del estancamiento egoísta, calculador y corrompido en que hoy está; sí, esta chusma es la que nos purifica, nos da fuerza y nos levanta! ¡Pobres señores del gamonalismo estrecho y miserable!”²

La crisis económica actual ha agravado el problema de la marginalidad urbana, ha generado una masiva pobreza urbana que ha devenido, sin solución de continuidad en el escenario social del populismo. Las masas desorientadas, explotadas, marginadas, excluidas del sistema político tradicional han continuado encontrando en líderes populistas de distintas pelambres válvulas de escape a su desesperanza, mientras que la incapacidad de los partidos políticos tradicionales de ser verdaderos medios de expresión democrática, han reabierto el camino al populismo como fenómeno político. Así el populismo viene a ser una nueva forma de dominación política, en la medida que absorbe las contradicciones más visibles de la crisis y termina siendo un elemento de conservación del sistema que lo generó.

2. J. M. Velasco Ibarra, *Obras completas* (Quito, Ed. Santo Domingo, 1974, tomo XII B), cit. por Osvaldo Hurtado, *El Poder Político en el Ecuador*, 196.

Para otras referencias al discurso populista, véanse los anexos de esta obra.

Pero no sólo el subproletariado urbano es la base social del populismo. Ya se ha visto que el populismo tiene entre una de sus características el ser un movimiento político pluriclasista, es decir, que en él no se expresa una sola clase o sector social a través del líder populista, sino más bien un conjunto diverso de clases sociales o fracciones de clase que, amalgamados, cohesionados por la ideología y el líder populista, articulan el movimiento social en cada coyuntura concreta en que éste se manifiesta. Por lo tanto, existen otros “actores sociales” al interior de los movimientos populistas. A los diversos sectores populares que son su base social fundamental, y dentro de los cuales el subproletariado urbano es el de mayor magnitud e importancia (esto quiere decir que también integran el movimiento populista sectores del campesinado, pequeña burguesía urbana y rural, trabajadores fabriles y artesanos), hay que agregar a los sectores medios o capas medias de la sociedad y, desde luego, a determinados representantes del capital en sus diversas formas (industrial, comercial o financiero).

En cuanto a las clases o capas medias de la sociedad, por su propia situación intermedia en la estructura de clases, asumen posiciones ideológicas diversas. Dependiendo de su situación social, status, ingresos, estabilidad, etc. pueden desplazarse de la izquierda a la derecha con facilidad, pero en situaciones de crisis económica son precisamente los sectores medios los más afectados, porque se les presenta la posibilidad real de proletarizarse y eso les produce gran inseguridad o, como bien se ha dicho, “incongruencia de status”; en esas condiciones pueden buscar refugio en la derecha política o en los movimientos populistas más aún cuando estos presentan ciertos rasgos de autoritarismo que les confiere seguridad a la pequeña burguesía en crisis. Ciertos cuadros dirigentes del populismo generalmente provienen de estos sectores medios pauperizados o en potencial peligro de serlo.

En cuanto a los sectores de la clase dominante que se integran al proyecto populista, depende de cada situación concreta y de los momentos históricos en que se produce el fenómeno. Ya se vio cómo, en el caso del velasquismo, alternativamente participaron en sus gobiernos sectores de la oligarquía agroexportadora de la Costa o terratenientes serranos. Sin embargo, su participación y presencia en los populismos es no sólo cierta, sino imprescindible, pues el líder, por más carismático

que sea, no actúa en un vacío social y el contenido económico del populismo debe sustentarse, y de hecho se sustenta, en poderosos intereses económicos que deben financiar el movimiento social, la propaganda, las imágenes, las concentraciones, el “show”, etc. y, en términos de la acumulación capitalista, como hemos dicho, ésta no está en discusión. Por lo tanto, de parte y parte (líderes populistas y representantes del capital) entran en las negociaciones pertinentes para ser más o menos beneficiarios del proyecto populista.